

Cine...



Javier Restrepo C. Sin título (Estudio para pintura). Lápiz sobre papel. 35 x 50 cm. 2001.

Pasados los primeros años de la Segunda Guerra Mundial, a un genio macabro de la publicidad moderna se le ocurrió poner a viajar su sombría presencia en valijas metálicas, por pueblos ya amedrentados de cuenta de las noticias que se escuchaban en la radio sobre su propio paso. Como si se tratara de infiernos espontáneos, emergentes de paredes, en salones oscuros, o de fachadas de edificios durante la noche, una lampa mística daba vida a la muerte, en un espectáculo tan inverosímil como mágico. La gente, sin necesidad de comprender este fascinante y dramático rito, podía, en su soledad contemplativa, desde su fuero interno, acceder a un tiempo ajeno que, a partir de ese instante, se volvía suyo, tanto como sus miedos.

Después de ir al cine, a ese cine que transportaba, literalmente, la guerra impávida, nadie

podía conciliar su propio tiempo y volver a su cotidianidad igual que antes. De esta manera, ese invento de finales del XIX había logrado su propósito no declarado: comunicar, hacer comunes ideas complejas y desiguales sobre algo tan subjetivo y atroz como la insidiosa guerra. Joseph Goebbels, ministro para la ilustración política y la propaganda del Tercer Reich había ideado una utilidad desgraciada para un invento lúdico y poético, había puesto un miserable apellido de control al cine.

La maleta, que había llegado y se había abierto intempestivamente para narrar una historia inconclusa, se cerraba y se marchaba con la insensata promesa de volver con apartes de un nuevo futuro pasado, para así, otra vez, desplegar fragmentos de un tiempo de otros; o, más bien, de un tiempo sin otros, y hacer ver y

sentir la guerra como cosa de otro mundo. En el peor de los casos, sería la misma guerra la que llegaría al pueblo sin anunciarse. Entonces, la historia se estaría escribiendo con las paredes que habían soportado la proyección del pasado, las mismas que, a la vez, serían el futuro de un documental incierto.

Más o menos tenemos claro quiénes ganaron, y qué pasó luego de 1945. Y ya, a todas estas, el cine había encontrado un papel trascendente en la vida de las naciones: se veía ampliado su espectro de acción a formatos novedosos, inducidos, como en muchas otras técnicas y tecnologías, por la guerra.

La imagen con la que comenzó este texto la hemos contemplado ya en diferentes películas. Como ocurrió con la literatura moderna más temprana, el cine logró, en un corto tiempo, volverse sobre sí mismo para ser urdimbre y trama al tiempo; nada qué hacer con un arte que nació moderno: se vio abocado a repetir esquemas funcionales de otras disciplinas. Y así, como lo hizo el Quijote con los libros de caballería, el cinetoscopio en su avanzada nos ha dejado ver películas que no evaden el paneo que graba la pira que consume su propia tragedia. En este punto, la estrategia del *mise en abyme* parece haber visto la luz, con mayor claridad para la cinematografía que para la literatura, y servir de fondo para la gran parodia que significa la creación humana. Pero, quizá, lo que ha hecho del cine un asunto ritual, tal vez el último gran culto de la vida contemporánea, definido por el hecho de reunir personas muy distintas en un solo espacio frente a una pantalla gigante, en una emisión de sonido e imágenes producidas con avanzados mecanismos tecnológicos que no dejan de asombrar con su realismo fantástico, hoy tiene nuevas formas de espacialidad y contemplación, distintas de las otrora imprescindibles para conglomerados con filiación política, idealista y religiosa.

Ahora hay tantas formas de viajar como viajeros. Y allí, en el escenario de los viajes aéreos,

por ejemplo, con una película distinta en cada asiento, la libertad de elegir un título u otro es el culmen del proyecto moderno que buscó, a toda costa, dotar al ser de algo de la soberanía depuesta y es, a la vez, la disolución de la promesa inicial de la teatralidad del cine, esa que, al menos yo, revivía, a regañadientes cada Semana Santa, cuando sentía el eco doloroso del público al ver a Enrique Rambal cargando la cruz hacia el Gólgota, para volver a ser el Mártir del Calvario.

El cine, la materialización de la mirada omnipresente de la humanidad, ese maravilloso invento moderno que ha copado cada resquicio material de nuestro universo sensible, es el punto de reflexión de esta edición de nuestra *Agenda Cultural Alma Máter* que cuenta con la participación de Oswaldo Osorio, Juan Diego Posada Posada, Jerónimo Rivera Betancur, Karen Parrado Beltrán y Sergio Alberto Henao, en un tiempo en el cual los mercados de la gran industria del entretenimiento separan fechas para reconocer la producción de los “mejores”.

El cine cambia su esencia con tal naturalidad que, al parecer, ha vuelto esta constante su más claro rasgo distintivo: dejar sentado que nada respecto a su naturaleza está escrito sobre piedra.

Coda

Javier Restrepo Cuartas (Medellín, 1943-2008), invitado de honor con sus dibujos y pinturas en esta edición, fue profesor de la Facultad de Arquitectura de la Universidad Nacional, sede Medellín. Su trabajo, que ha sido reconocido en Colombia por haber interpretado los rasgos estilísticos del Pop Art, visitó reiteradamente la cultura del cine y aportó, decididamente, a la proliferación de tendencias y modas en lo que se ha llamado la cultura de masas. Su fascinación por el cine fue compartida por un grupo de artistas, denominado generación urbana, que marcó una forma distinta de vivir la ciudad.

Oscar Roldán-Alzate